

La Tizona en Palacio

Juan Antonio MARRERO CABRERA

«Larga, pesada y fatal», casi como esta manía de los sucesivos gobiernos de llevarse de Madrid el Museo del Ejército, era la espada del gran emperador Carlomagno. La célebre Joyosa que con tanta belleza describe la primera canción de gesta francesa, *El Cantar de Roldán*:

«Esta espada muda de reflejos treinta veces al día. Mucho podríamos hablar de la lanza con la que Nuestro Señor fue herido en la cruz. Carlos, por la gracia de Dios, posee su punta y la hizo engastar en la dorada empuñadura; y por este honor y por esta bondad la espada recibió el nombre de Joyosa. Los barones franceses no lo deben olvidar; por ella tienen el grito de guerra «Monjoya», y por ello ninguna gente puede oponérsele»¹.

Dura, implacable, imposible de quebrantar como la voluntad oficial de quitarle a los madrileños uno de sus más importantes y venerados depósitos históricos, despojándoles de su Museo del Ejército, era la espada de Roldán. La famosa Durandarte que en vano trató de destruir el orgullo de la caballería andante, cuando se vio morir junto a los Doce Pares de Francia a manos de los españoles en la derrota de Roncesvalles, que tan sentidamente narra el cantar de gesta:

«Roldán golpeó en una grisácea piedra y la hinde más de lo que se deciros. Cruje la espada, pero no se quiebra ni se rompe, sino que rebota hacia el cielo. Cuando el conde ve que no podrá romperla, muy dulcemente se lamenta...»
«¡Ah, buena Durandarte malograda fuiste!... Que jamás os posea hombre que huya ante otro»².

¹ *Chanson de Roland*, p. XX.

² *Chanson de Roland*, eps. CLXXI y CLXXIII.

Fieramente encastrada en la piedra, en una roca tan viva como la que se pretende excavar, tan absurda como costosamente, bajo el emblemático Alcázar toledano para enmohecer lo que sobreviva del expolio del tesoro de Historia de España que es el Museo del Ejército de Madrid, estaba la espada del cinematográfico héroe de Holliwood, el rey Arturo. La muy fotogénica Excalibur.

Y digo esto de «holivudense» y «fotogénica» porque es formidable la importancia que dio siempre la cultura sajona a sus héroes y sus leyendas y resulta impresionante la difusión de sus personajes a través del cine y de la televisión.

Tanto es así que, en cualquier parte del mundo, prácticamente todos los niños que tienen acceso a algún medio de comunicación conocen los relatos de Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda, mientras que muy pocos niños españoles han oído hablar de El Cid. Y, sin embargo, Rodrigo Díaz de Vivar fue uno de los personajes reales de la Historia Universal, perfectamente documentado ya en este cambio de milenio; mientras que Arturo, casi una mera ficción, sólo tiene alguna que otra referencia como modesto reyezuelo de alguna lúgubre fortaleza de la costa inglesa.

Y todo porque, con el atrevimiento que proporciona la ignorancia, resulta muy ingenioso negar los viejos y grandes valores que la tradición ha transmitido como auténtica veracidad histórica. Porque un falso progresismo, un liberalismo mal entendido, pretende avergonzarse de nuestros más importantes personajes, cometiendo a su vez el mismo error de los precedentes que pretende criticar: el de identificar a los héroes de la Antigüedad con idearios políticos actuales, tanto para enaltecerlos como para denigrarlos.

Así pues, dejemos de manipular la Historia y dediquémonos a investigar, que para eso somos una de las naciones más ricas en fuentes históricas y grandezas literarias.

Otra espada mundialmente conocida, y que en esta circunstancia de cabezonada administrativa del más alto poder ejecutivo de nuestro país para llevarse de Madrid uno de los más importantes museos de España, en contra de toda opinión autorizada e inteligente, nos viene aquí «pintiparada», es la amenazadora espada de Damocles. No sabemos cómo se llamaba el arma, pero sí que el tirano de Siracusa, Dionisio, cansado de las adulaciones del cortesano Damocles, hizo colgar sobre su cabeza una puntiaguda espada pendiente tan sólo de una cerda de caballo.

De aquí a que cualquiera de ustedes piense lo «pendiente de un hilo» que está la suerte de tanta bandera consagrada por la Historia, y de tanta reliquia histórica que está a punto de destruirse por una mudanza tan innecesaria como intempestiva y costosa, no hay más que un sencillísimo proceso.

Otra espada muy conocida en ese sutil arte de la picaresca, nuestro peculiar y único humor español, es la de Bernardo. Y no precisamente de Bernardo el Carpio, el vencedor de Roldán que se cita en la Real Armería más o me-

nos confusamente. No. Se trata de otro Bernardo porque ésta es la espada que ni pincha ni corta. Esto es, que no sirve para nada. Y aquí sí que no voy a buscar ningún paralelismo entre las justificadísimas reclamaciones para evitar este desafuero museístico contra los madrileños que se alzan entre quienes no depende para nada de la nómina oficial y la actitud del gobierno de oídos sordos. Como dicen los chicos de ahora: «Ustedes mismos.»

La relación de espadas históricas podría ser interminable, porque para eso era el arma noble por excelencia. Con ellas se realizaban las investiduras. Las velaban los caballeros y se depositaban en los altares para santificarlas con sus bendiciones. Por cierto, que todavía se conserva un altar de los utilizados para las «velas de armas» en un marco incomparable. El último reducto que mantuvieron los templarios en el mundo. Está en la iglesia de la Veracruz, frente al Alcázar de Segovia, y vale la pena visitarla porque es una de las más bellas y estratégicas iglesias románicas de España.

Así pues, estamos viendo que las espadas de los guerreros más valientes dieron pie a los trovadores para cantar en romance los hechos más notables realizados con ellas. Incluso se les atribuía un poder sobrenatural transmitido de generación en generación.

Como homenaje a su propia nobleza, los «héroes» besaban el pomo de su espada antes de entrar en combate, incluso juraban por la cruz de la empuñadura; me refiero, naturalmente, a los héroes cristianos, puesto que allí solían contenerse algunas de las más milagrosas reliquias. Los otros héroes incrustaban las empuñaduras con diamantes costosísimos y los metales más fulgurantes.

Como sabemos, las espadas tenían nombre propio: hemos hablado de «Joyosa» y «Durandarte»; y sabemos, por ejemplo, que a Bradimart pertenecía la «Flamberg»; a Renato de Montalbán la «Belicarda» y al gran caballero Oliver, la «Haute Flème».

Pero sin duda alguna las espadas más célebres de la Historia y de la Literatura han sido las de El Cid, la «Tizona» y la «Colada».

La «Colada» la ganó El Cid, tras duro combate y merecida victoria, al Conde de Barcelona, Berenguer Ramón «El Fratricida». Fue un combate tremendo en el pinar de Tévar, junto al río Tastavins, en la linde de las actuales provincias de Teruel y Castellón.

El Cid había atacado tierras catalanas y se estaba apoderando de los territorios más importantes de su hegemonía. Y allí fueron a defenderla los jinetes catalanes en mucho mayor número y considerablemente mejor equipados. Tanto que una de las lamentaciones del Conde al verse derrotado y prisionero fue:

«Pues que tales mal calzados / me vencieron de batalla.

Pero la eficaz estrategia militar de El Cid y su singular arrojo le dieron, una vez más, la victoria. Y como dice el Cantar:

«Vençido a esta batalla / el que en buena hora nasio;
al conde don Remont / a preson le a tomado;
hi gañó a Colada / que más vale de mill marcos»³.

Dice la tradición que esta importantísima espada se corresponde a una magnífica hoja conservada en la Armería Real. Sin embargo, la «cerrazón» de sus propietarios ha impedido que el grupo de Tecnología Mecánica y Arqueometalurgia de la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense pudiera estudiarla con la minuciosidad suficiente para fijar con precisión la datación de la hoja de acero. Afortunadamente para la «Tizona», la actitud del Museo del Ejército de Madrid, al menos la de sus anteriores dirigentes, fue completamente abierta y receptiva y se ha podido realizar el magnífico trabajo de investigación del profesor Antonio José Criado y de su equipo universitario.

Un estudio llevado a cabo con los más modernos adelantos y con todos los medios necesarios, que demuestra tanto el origen andalusí del acero de la magnífica tajadora como la forja especialísima de su hoja. Un trabajo regio, sólo propio para sultanes, emires o príncipes que únicamente pudo llevar a cabo uno de los más expertos forjadores toledanos. Los mismos que aprestaban un total de 12.000 espadas anuales cuando se trataba de armar los ejércitos de Almanzor o de exportar a todos los ámbitos de los califatos de Córdoba o Damasco, o bien disponían la creación de piezas únicas como la «Tizona» para el regalo o el ejercicio de las armas de los sultanes del Irán, los rajáes de la India o los Emperadores de China.

Porque en la vieja Celtiberia la habilidad para lograr armas de excepcional resistencia era tal, que ya los romanos decidieron, hacia el año 200 antes de Cristo, adoptar la espada española después de sufrirlas en sus propias carnes en la batalla de Cannas, donde los cartagineses las utilizaron con singular eficacia.

Y es lo que ya decía Polibio: que las espadas de Hispania eran las más ventajosas para herir de punta y de filo.

Las excelencias de su calidad y temple se mantuvieron por los godos, y con la arabización se llegó a un resultado excelente de dureza y elasticidad. Pero es que además los árabes enriquecieron extraordinariamente sus hojas con las bellísimas y complicadas labores de ataugía.

Es el momento en que las espadas dejan de ser simplemente armas blancas, largas, rectas, agudas y cortantes, con guarniciones y empuñaduras, para

³ Valor del marco de plata y de oro.

convertirse en auténticas obras de arte. Las guarniciones y empuñaduras precisamente se enriquecen con trabajos exquisitos de metales preciosos, marfiles y esmaltes.

Las espadas se convierten en joyeles donde se engarzan las piedras más valiosas y en los que siempre se refleja la nobleza, la fortuna y la alta calidad de su poseedor.

Por eso no es extraño que la «Tizona» y la «Colada» constituyeran uno de los regalos suntuosos de El Cid hacia sus yernos los Infantes de Carrión.

Y no es éste el momento de distinguir entre El Cid histórico y El Cid literario, sino de constatar que en el mundo medieval unas espadas de tal prestigio y calidad resultaban unos regalos de primera magnitud. Con tal sentimiento las ofrece El Campeador como riquísima dote de sus hijas a los Infantes de Carrión:

«Darvos he dos espadas / a Colada e a Tizón,
bien lo sabedes vos que las gané / a guisa de varón;
míos fijos sodes amos / quando mis fijas vos do;
allá me levades / las telas del corazón.»

Tan importantes eran para El Cid como para cualquier otro caballero medieval sus espadas que, después de la afrenta de los Infantes a sus hijas en el Robledal de Corpes y del juicio condenatorio para los Infantes en las Cortes de Toledo convocadas por el Rey, la primera reclamación que El Cid les hace es la devolución de sus espadas:

«Diles dos espadas / a Colada e a Tizón
estas yo las gané / a guisa de varón,
ques onrassen con ellas / e sirviessen a vos;
quando dexaron mis fijas / en el robredo de Corpes,
connmigo non quisieren aver nada / e perdieron mi amor
denme mis dos espadas / quando mis yernos non son.»

Naturalmente se le devolvieron de inmediato y con ellas pagó para siempre en la eternidad de los versos de las Canciones de Gesta a sus dos principales y quizá más auténticos capitanes: a su sobrino Pedro Bermúdez le da la «Tizona», resaltando que así mejoraba de señor. A su mejor amigo, el burgalés de pro Martín Antolínez, entrega la «Colada», pues sabía que con ella ganaría «grand prez e grand valor».

Pero veamos cómo se describe el acto en el Poema para darnos cuenta de la extraordinaria importancia que se concedía a tan singulares armas: los infantes entregan las espadas nada menos que al Rey Alfonso VI:

«Sacaron las espadas / Colada e Tizón,
pusieronlas en manos / del rey so señor;
sacan las espadas / e relumbran toda la cort,
las maçanas⁴ e los arriazes⁵ / todos d'oro son
maravillanse d'ellas / los omes buenos de la cort.»

Como corresponde, será el mismísimo rey quien se las devuelva a El Cid:

«A mío Cid llamó el Rey / las espadas le dió,
reçibio las espadas / las manos le besó:»

El Campeador se puso tan contento de recobrarlas que se dirigió así a oda la Corte:

«¡Grado al Criador, e a vos, rey señor!
Ya pagado so de mis espadas / de Colada e de Tizón.»

Hay que tener en cuenta, una vez más, la extraordinaria popularidad de estos grandes caballeros y la enorme difusión de los romances, hasta el punto que todos sus detalles, hasta los más mínimos, eran de dominio y de comentario públicos. Las modas, las armas, las comidas, las tradiciones, las fiestas, los torneos, los combates, todo daba pie a lecciones, moralejas y comentarios.

Como en aquella ocasión en que un león se escapó de su jaula en el Alcázar de Valencia y los infantes huyeron despavoridos. Entre las gentes de El Cid, curtidas en mil combates, resultaron la risión de propios y extraños. Sobre todo cuando El Cid sometió al «rey de la selva» con sus propias manos y más aún cuando los miedosos infantes aparecieron: Fernando escondido bajo el escaño de El Cid, el célebre sitial de marfil torneado que había pertenecido al mismo Al-Mamún de Toledo. Y Diego amparado tras la viga de un excusado, con toda la ropa sucia por los «efectos» de su propio miedo.

Por eso no es de extrañar que haciendo un juego de palabras sobre la suciedad «fisiológica» del infante, la espada «Colada» de El Cid y la necesaria «colada» o lavado de roma, imprescindible para limpiar aquella porquería, don Francisco de Quevedo, siglos más tarde, escribiera los siguientes versos:

«Ya que Colada no os fizo
valiente, aquesta vegada⁶
fagavos «colada» limpio;
echaos, buen conde, en colada.»

⁴ Maçanas = Pomos.

⁵ Arriazes = Empuñaduras.

⁶ «Aquesta vegada» = Esta vez.

Y como la justicia literaria es, seguramente, más bella que la histórica, al recitar el Poema de El Cid los juglares se compinchaban con su auditorio para relatar con grandilocuencia que los infantes habían terminado por caer bajo las espadas que tan inmerecidamente poseyeron durante el tiempo de su malogrado matrimonio.

En el mismísimo Carrión se celebra el durísimo torneo en que los hombres más cercanos a El Cid vengarán la afrenta que los Conde habían inferido a doña Elvira y doña Sol.

Y será Pedro Bermúdez, el sobrino de El Campeador, el que después de acometerle con la lanza blandirá su espada contra el infante Don Fernando, que cuando ve lo que se le viene encima lo deja todo:

«Quando lo vido Ferrán Goçalvez / conuvo a Tizón⁷
ates que elcolpe esperasse / dixo: «Vençido so».
Otogaróngelo los fideles / Per Vermúdez le dexó.»

A su vez el infante don Diego tuvo que vérselas con la mismísima «Colada». Y hay que reconocer que la espada hizo honor a su fama y resultó para el infame conde.

Esta vez sería el «burgalés de pro» Martín Antolínez, su nuevo propietario, el que defendería el honor mancillado de su señor.

«Martín Antolínez / mano metió al espada,
relumbra tod el campo, / tanto es limia e clara;...
Quando este gole a ferido / Colada la preçida
vido Dieg Gonçalves / que no escaparíe con el alma.
Essora⁸ el infante / tan grandes voçes dava:
“¡valme, Dios glorioso, / Señor, cúriam dste espada!”»

Con lo que el Rey dio por terminada la liza y llamó junto a él a los adalides de El Cid:

«Essora dixo el rey; / “venid vos a mi campaña,
por quanto avedes fecho / veçida avedes esta batalla”.»

Y ahora que ya hemos visto la enorme importancia literaria, económica, política y sociológica de un arma de estas características, vamos a considerar el valor histórico de una pieza autenticada, documentada y datada cronológicamente como es la «Tizona», la pieza única que es el auténtico símbolo de España y que conserva con veneración el Museo del Ejército de Madrid.

⁷ «Contuvo» = Conoció.

⁸ Essora = Entonces.

En principio diremos que tanto la empuñadura como las inscripciones son muy posteriores a la hoja, que fue forjada, sin duda alguna, en el siglo XI.

La empuñadura original debió de ser de estilo árabe, algo más o menos parecida a la espada del monarca nazarí Boabdil el Chico, aquél que no supo defender Granada (afortunadamente, porque si no, no se hubiera conservado con la perfección que aún se mantiene. Y eso a pesar del disparatado palacio de Carlos I y de la gran voladura de la francesada).

Las dos leyendas, una en cada cara, de la hoja dicen así:

«IO SOI TIZONA FUE FECHA EN LA ERA DE MILE QUARENTA»
Y «AVE MARIA GRATIA PLENA DOMINUS TECUM»

Ambas inscripciones se le pusieron siglos más tarde, y se hicieron «al ácido», deteriorando, como es lógico, la solidez de la hoja. Una hoja que, naturalmente, sin contar el añadido de la empuñadura mide setenta y ocho centímetros y medio de larga por cuatro centímetros y medio de ancha.

En el estudio del profesor Criado, resumido perfectamente en los dossiers de «El Siglo», se explica por qué la «Tizona» es una hoja singular: «Una hoja de acero compuesto, de gran flexibilidad, dureza, tenacidad y filo cortante de gran resistencia al desgaste, todo ello en un conjunto de espada tajadora útil para el combate.»

Y es que el viejo y sabio maestro herrero supo endurecer el acero con un «doble temple», interrumpiendo las inmersiones en agua salinizada con salmuera para «provocar la aparición de estructuras tenaces y duras pero no frágiles». Comparando la hoja actual de la «Tizona» con los cálculos sobre materiales arqueológicos «cementados» de Sevilla, Córdoba y Toledo se llega a la conclusión de su inequívoca procedencia andalusí.

Una cementación que, en palabras del profesor Criado: «Consiste en obtener la forma de la hoja por forja en caliente y, antes de templearla, meterla en el horno y controlar la atmósfera de carbono con huesos, piel y elementos casi todos de origen animal. Se queman dentro del horno para que mantengan una atmósfera de carburo que cementa la parte superficial de la hoja de acero. De esta manera obtienen un núcleo de hierro blando que aguanta golpes sin partirse, pero la parte exterior es extremadamente dura.»

Vemos pues que se trata de una hoja muy especial, hecha por un herrero que fue un auténtico artista de la forja y que se trata de un encargo digno de un rey.

Y aquí es donde la modernísima arqueología entronca con la investigación tradicional para darnos una sorpresa magnífica.

Sabemos por la crónica árabe de Al-Hulal que, a mediados del siglo XI, el emir almorávide Tusuf, el caudillo que pretende invadir Europa a través de España y es el más feroz enemigo de El Cid, que es la fuerza que se le opone, envió a su pariente el también emir Abubéker un suntuoso regalo de «tizonas» (que era el nombre con el que se conocían estas espadas fuera de serie). De ahí a que una de estas «tizonas» fuera la Tizona de El Cid no hay más que un paso, nada difícil según las circunstancias de la época.

No estamos hablando de guerras entre moros y cristianos (en el siglo XI), sino de contiendas entre moros y cristianos amigos, unidos por parias o vasallajes, y moros y cristianos enemigos, unidos entre sí a su vez.

Por ello es lógico que El Cid, el caballero y adalid más importante de la época, recibiera este excelente acero como obsequio de cualquiera de los reyes árabes junto a los que guerreó. O bien como pago de un rescate por parte de alguno de los que aprehendió (como cuenta la tradición que fue el caso de Colada con el conde de Barcelona). Pero lo más legendario, lo más hermoso para un guerrero de su valía habría sido que El Campeador ganara su mejor espada en unos de sus combates.

Y así nos lo cuenta el Poema cuando narra la derrota del rey Búcar, el sultán de Marruecos, que trató en vano de reconquistar Valencia al frente de sus almorávides, en la legendaria batalla de Cuarte:

«Alcançolo el Çid a Búcar / a tres braças del mar,
arriba alço Colada / un grant golpe dádol ha,
las carbonclas⁹ del yelmo / tollidas gelas ha,
cortól el yelmo / e librado todo lo al,
fata la çintura / la espada llegado ha.
Mató a Búcar, / al rey de allén mar,
e ganó a Tizón / que mil marcos d'oro val.»

Para el poema, y por tanto para el público medieval, está clara la procedencia de la Tizona. Lo malo es que en la cronología árabe de la época no aparece el rey Búcar en el momento de esta batalla, aunque sí hay un sultán Búcar algo posterior a El Cid (el emir Abú-Bakr ibn Ibrahim). Como su dinastía era conocida como los Abú-Beker, no sería extraño que el episodio valenciano coincidiera con algún sultán de Marruecos de su nombre y los juglares denominaran así al emir derrotado por El Cid.

Lo que sí es absolutamente cierto y fidedigno es que el tal acero, la Tizona, que hoy conocemos fue una pieza excepcional de su época (mediados del siglo XI) y que desde luego tuvo que ser el arma de alguien muy poderoso e

⁹ Carbunclos = Diamantes.

importante, tanto por su propia valía como por el hecho de que fuera conservada con todos los honores.

Honores que comienzan con el absoluto respeto con que Alfonso VI traslada a Castilla las espadas de El Cid, al abandonar Valencia una vez muerto el único caballero capaz de defenderla. Allí formarán parte del tesoro real como consta, siglos después, en el inventario de todas las armas de la corona que se hallaban en el Alcázar de Segovia, realizado por Gonzalo de Bricio por orden de Isabel la Católica en 1503.

Una pieza de tal categoría que sirvió para que Fernando el Católico premiara con ella al Marqués de Falces los servicios prestados durante la conquista de Granada. Y así queda registrada en la Crónica de los Reyes de Castilla de Fray Prudencio de Sandoval entre los años 1560 y 1621.

Por cierto que allí se relata la condición puesta por el Rey Católico de que fuera llevada al Palacio Real, siempre que se entronizara a un nuevo monarca para que todos los Reyes de España jurasen sobre ella (posiblemente como un histórico homenaje, lleno de significado y tradición, al legendario juramento de Santa Gadea). Una tradición que se mantuvo hasta su abandono, no se sabe muy bien por qué, a la llegada de la Dinastía de los Borbones.

La espada desaparece durante la Guerra Civil, hasta que fue descubierta en el año 1939 en el Castillo de Figueras, donde se recuperaron tantos tesoros históricos y artísticos. Desde entonces se conserva en el Museo del Ejército de Madrid, como una de las joyas más preciadas que preside las colecciones más importantes del mundo en su Sala de Armas.

Ésta es pues la historia de la Tizona, la espada histórica y legendaria del gran caballero medieval, legendario e histórico a su vez, que es una de las figuras más respetadas y famosas de todos los tiempos.

Un personaje de la Gran Historia que en las páginas de *El Imparcial* definía perfectamente así J. P. Williams a principios del siglo XX¹⁰:

«El Cid es esencialmente (hombre de) Derecho. Pudo poner su espada en la balanza y no lo hizo. Pudo murmurar y tampoco lo hizo. Su actitud fue siempre rectilínea, sin la menor sombra de vacilación. Si sus éxitos en la guerra no le envanecieron, sus desgracias ante un rey atrabiliario no mellaron su espíritu, que conservó en admirable serenidad hasta el fin de sus días. Cualidad esta reservada tan sólo a las almas verdaderamente fuertes.»

Éstos son nuestro Cid, nuestra Tizona y nuestro Museo; éstas son algunas de nuestras grandes riquezas que tampoco se sabe muy bien por qué alguien está tratando de cercenar en un absurdo «sostenella y no enmendalla».

¹⁰ PASTOR WILLIAMS, J.: «La figura prócer e interesantísima del Cid Campeador», *El Imparcial*, 2 de febrero de 1930.

Tan disparatado asunto éste como el de ignorar una realidad tan aplastante como el magnífico estudio del profesor Criado sobre la «Tizona», que ha sorprendido y ha admirado a los grandes historiadores de Alemania, Francia o Inglaterra y que en España apenas se ha llegado a valorar.

A lo mejor es que no interesa que se sepa el inmenso valor que se trata de expoliar al pueblo de Madrid. O quizá sea mejor silenciar todo lo relacionado con el Museo y su entorno para que nadie se entere de la desafortunada maniobra del traslado.

Lo que sí produce auténtica tristeza es que novecientos años después tengamos que volver a hacer bueno el verso más célebre del Cantar de Mío Cid y por ende de la literatura española:

«¡Oh, Dios, que buen vassallo / si oviesse buen señore!»